

PROYECTO POLÍTICO Y PROYECTO PEDAGÓGICO. Bernard Charlot

El 2º Foro Mundial de Educación celebrado en enero de 2003 en la ciudad de Porto Alegre llevaba por título “Educación y Transformación”. Este título es importante, pues la transformación de la educación es la razón misma de los Foros. No se trata de discutir cuestiones “puramente pedagógicas”, es evidente que el Foro tiene una dimensión política. No será necesario decir que no sólo los discursos tienen un sentido político, también lo tienen las prácticas, incluidas las prácticas cotidianas. Voy a empezar por poner dos ejemplos que nos llevan directamente a este asunto de las prácticas:

En esta ciudad donde se reúne el Foro, Porto Alegre, y después en otros lugares de Brasil, ha habido estos últimos años un intenso debate sobre la “escola ciclada” (organizada por ciclos), como oposición a la “escola seriada” (organizada por cursos, tradicional). El debate opuso a la izquierda, y sobre todo al PT, favorable a la “escola ciclada”, a la derecha, defensora de la “escola seriada”. Después llegó un momento en que el debate se produjo en el propio PT. Algunos defendían la “escola ciclada” argumentando que es políticamente más justa. Es cierto: Cuando los alumnos de las familias populares tienen tres años, en vez de uno, para alcanzar los objetivos pedagógicos, hay, en principio, menos fracaso y repetición. Otros veían que la “escola ciclada” fomentaba, en ciertos lugares, un refuerzo del elitismo y la selección en la escuela: Ciertas escuelas habían formado dentro del ciclo grupos de alumnos por niveles, que condenaban a los alumnos más desfavorecidos a retrasarse más todavía. Esto también es cierto, tanto en Brasil como en Francia. El caso es interesante porque se da una oposición entre un principio político y ciertas consecuencias pedagógicas, contrarias a ese principio.

Otro debate se está desarrollando en Brasil, debate que ya conocemos en Francia, sobre la cuestión de la repetición. La repetición es políticamente injusta (y económicamente costosa): las estadísticas muestran que el riesgo de repetición es mucho más alto para alumnos de familias populares que para alumnos nacidos en clases medias. Pero el análisis de la realidad en las escuelas nos muestra, tanto en Francia como en Brasil, que si el alumno pasa de curso sin tener el nivel, no aprende nada, la clase resulta más difícil para el profesor, y otros alumnos de clase populares que no tenían dificultades anteriormente,

fracasan y también deben repetir. Se da, de nuevo, una contradicción entre el principio político, justo, y las consecuencias pedagógicas de su aplicación, que pueden ser contradictorias con el principio político.

Este tipo de contradicciones son numerosas. Cuando la izquierda llega al poder, como ha sucedido en Francia y ahora sucede en Brasil, debe afrontar estas contradicciones. Respecto a estas contradicciones, la reflexión, el análisis y la búsqueda, me han llevado a plantear tres principios:

1. Todo programa pedagógico, todo currículum, todo método pedagógico tiene una dimensión política. Detrás de lo que aparece a veces como una elección técnica, funcionan valores éticos y políticos, cierta representación del ser humano, de la sociedad, de las relaciones que cada persona quiere mantener con el mundo, con los otros, consigo misma. Los debates pedagógicos nunca son sólo pedagógicos, siempre tienen una dimensión política. Un proyecto pedagógico no es solamente un programa de actividades, de organización, de gestión, hace referencia a valores fundamentales. El inglés distingue dos términos: “politic of education” y “policy of education”; El primero se refiere a la organización, al programa, a la gestión; el segundo a los valores, a un proyecto de ser humano y de sociedad. Es necesario considerar que la pedagogía tiene una dimensión política en el primer sentido del término, pero también, y en mayor medida, en el segundo término.
2. Un proyecto pedagógico no puede deducirse sólo del proyecto político. Tiene una dimensión específica: es el proyecto político en tanto que se aplica a los niños y adolescentes, a su educación, a su educación en las escuelas. Por tanto, todo proyecto pedagógico tiene a la vez una dimensión política y una específica. Se puede decir lo mismo de otra manera: Un proyecto político define la organización de una sociedad o de un grupo humano en todos sus componentes: La economía, el trabajo, el intercambio de bienes y servicios, los servicios sociales, la cultura, la educación, etc. Cuando se ha definido un proyecto político general, a través de algunos valores fundamentales, todavía hace falta “traducirlo” en cada una de esas dimensiones de la vida colectiva, es decir, reformularlo teniendo en cuenta las especificidades de cada una de esas dimensiones. Si no se hace ese trabajo de reformulación específica, se corre el riesgo de disponer de un proyecto político general muy bonito y, al lado, de un proyecto pedagógico específico que no se

corresponda a ese proyecto político. En tal situación, tanto el proyecto pedagógico como el político pierden su credibilidad: por un lado un bonito discurso que no transforma la realidad de la escuela, y por otro una escuela que funciona según un proyecto real que puede estar en contradicción con el discurso que tiene, que puede funcionar según valores, incluso valores políticos, diferentes de los que aparecen en el programa político, incluso cuando los responsables de la escuela y los profesores están de acuerdo con ese programa político.

3. Un acto pedagógico es un acto, una práctica en una situación, un contexto, con cosas que son posibles y otras que se querrían hacer pero que no son posibles. La realidad de la escuela es lo que querría hacer, pero también lo que hace.

Lo que la escuela querría hacer, lo que el profesor querría hacer, el proyecto que se tiene, es importante. Es importante porque es lo que da sentido a lo que se intenta hacer, es lo que impulsa a luchar por mejorar la situación.

Pero la escuela es también, incluso más, lo que hace. Es lo que los alumnos aprenden verdaderamente y no sólo lo que los programas y currículums oficiales dicen de cómo deben ser enseñados. Es los métodos que se utilizan realmente y no los discursos que los textos oficiales, la propia escuela y los profesores tienen sobre esos métodos. Es el reparto real del poder y las responsabilidades en cada escuela, y no los textos oficiales sobre la gestión democrática.

Existen, pues, tres niveles de análisis a tener en cuenta:

- El proyecto político global
- El proyecto pedagógico, en cuanto forma específica del proyecto político
- Las prácticas reales de la institución escolar y las prácticas reales de los profesores

El ideal, claramente, es que exista coherencia entre esos tres niveles. Cuando se analiza la historia de la educación, se encuentra a veces una coherencia entre los tres niveles. Es el caso de la escuela que la República francesa puso en práctica a finales del siglo XIX para los niños del pueblo, con un modelo universalista. También es el caso del modelo comunitario inglés y americano tradicional. Hoy esta coherencia no existe. En la sociedad moderna encontramos a la vez:

- Un discurso sobre el derecho de todos a la educación... y el desarrollo de escuelas privadas, de tal manera que en la escuela pública se da un fracaso escolar a veces importante, cuyas víctimas son fundamentalmente los niños del pueblo.
- Un discurso sobre la importancia de la formación, sobre el derecho a la cultura, un discurso sostenido por padres, alumnos, políticos que, ante todo, esperan de la escuela que permita a cada joven tener un oficio, un oficio mejor, mejor pagado, mejor considerado; el discurso oficial habla de formación, de cultura, de igualdad, de democracia, pero en realidad la escuela está pensada en términos de desarrollo económico y de un mayor éxito para la escuela de mi hijo que para la de otros.
- Un discurso pedagógico de tipo constructivista (el alumno sólo puede aprender a través de su actividad intelectual) y prácticas en contradicción con ese discurso (por ejemplo, evaluación por QCM o por respuestas tipo “verdadero” o “falso”)
- Grandes discursos sobre la importancia de los profesores en la sociedad, y los profesores tan mal pagados, que necesitan para vivir decentemente, trabajar en dos y a veces tres escuelas a la vez.

La situación real de la educación, de las escuelas, está marcada por fuertes contradicciones que implican que exista a menudo un gran abismo entre el discurso político que mantienen y las prácticas efectivas.

Esas son las contradicciones que la izquierda debe afrontar cuando llega al poder. Es necesario trabajar sobre esas contradicciones, sobre ese abismo, para transformar realmente la escuela, la sociedad, el mundo. Ello implica un método. Este método supone una doble pregunta y cada una de las preguntas sale al encuentro de la otra:

Primera pregunta, para la política: los principios políticos que defiendo, ¿qué significan concretamente? ¿qué consecuencias tienen en términos de construcción de escuelas, de equipamiento, de financiación, de formación y salario de los profesores, de definición de los programas y los currículos, de condiciones de estudio y evaluación de los alumnos? ¿Es posible hoy? Y si no es posible, ¿qué hay que hacer para que lo sea, qué programa de acciones (pensado en el tiempo, con sus prioridades y su financiación) es necesario poner en marcha para realizar mi proyecto político en su parte pedagógica?

Segunda pregunta, para los responsables de las escuelas y los profesores: ¿qué significan políticamente mis acciones pedagógicas? Continuar dando clase cuando algunos alumnos no han entendido, ¿es democrático, está de acuerdo con mis elecciones políticas? Hacer a mis alumnos aprender frases de memoria, o, peor todavía, hacerles aprender frases que sabrían recitar, pero en las que hay palabras que no entienden, ¿se corresponde con mi modelo de ciudadano en una democracia? Ponerles deberes para casa, o, peor todavía, ponerles deberes inteligentes, que suponen que el alumno busque en libros o incluso en internet, ¿es democrático cuando algunos alumnos tienen en sus casa recursos y padres que pueden ayudarlos, y otros no? Y se podrían poner muchos más ejemplos.

No es un milagro lo que cambiará la escuela, ni un toque de varita mágica la cambiará de repente, sino ese trabajo paciente, difícil, honesto (pues las contradicciones que debemos afrontar son las nuestras, tanto las políticas como las prácticas, incluso cuando somos de izquierdas e intentamos defender los intereses del pueblo). Si se quiere construir una escuela democrática que apueste por un mundo más justo y solidario, es necesario afrontar esas contradicciones. Será difícil, pero merece la pena. Y ésto es lo que define al militante: la conciencia de sus valores y la capacidad de defenderlos en sus discursos, pero también la capacidad de afrontar las contradicciones para introducir sus valores en la realidad social. Si estamos aquí reunidos, por segundo año consecutivo, es para transformar la realidad, para transformar la escuela a la luz de nuestros valores.